# LITERATURA

## UNA NOVELA DE LA COSTA PERUANA

### Por Eleodoro Ventocilla

(Para LA PRENSA)

ACERTADOS intérpretes de los múltiples y sugerentes elementos estéticos de la costa, nos están dando la visión cabal de esa estrecha y larga extensión de tierra peruana, aparentemente yerma y gris, pero llena de su encanto en una paisaje y con variados temas en la vida singular de su poblador. La poesía de la costa tiene hoy en Vicente de la Fuente su más acertado intérprete y en Macedonio de la Torre, la pintura de temática costeña su cultor más especial. Estos dos signos, los más relievantes entre una multitud de artistas logrados por de menor cuantía, constituyen un claro indicio de lo que afirmamos: la costa tiene ahora una festiva significación artística.

La novela que acaba de publicar la destacada intelectual señora Maria Rosa Macedo C. confiere categoría literaria a la costa peruana.

"Rastrojo" fué elegida para representar al Perú en el II Congreso Literario Latinoamericano, es una novela en cuyas páginas se refleja, con fidelidad enorme, la vida de gentes sencillas y humildes que luchan en áspera y difícil brega, por su derecho al pan y al canto. Ambiente, nuevo y poblador están vistos con amor, con alegre mirar por la novelista que conoce el íntimo secreto de esa tierra y esas gentes. En la sencillez de las cosas naturales, en la diaria peripecia del trabajador que se curva sobre los surcos para dejar su esperanzada siembra milagrosa, al igual que lo hice sobre su guitarra, se desenvuelve la trama de la novela. De las entrañas de lo real, de la humana andanza, alegre o dolida, del fervor, la pasión y la lucha del campesino peruano, brota el relato con jerarquía estética auténtica. La profunda sabiduría intuitiva del pueblo, la fabla y el cantar de los cholos y los zambos, la ternura combativa, delicada hasta la lágrima y al mismo tiempo en temple de lucha y de trabajo sin tregua, de la madre, la faena que se repite eternamente, en la siembra y en la cosecha, en los breves pausas de jolgorio en las fiestas populares, están reflejadas en esta novela de muy magnífica calidad.

Cruz Chica es una hacienda situada en la quebrada de Vitoy, no propiamente en el litoral sobre el mar, pero tampoco en lo que conocemos, en sentido curioso, como denominador geográfico, con el nombre de "temple".

Cerca de esa hacienda se forma el pueblo de Vitoy, con sus ranchos de caña y su pequeña iglesia de campanario cubista. Del galpón de esclavos de Cruz Chica salieron un día, libres, al mundo amplio y sin aparente dolor, los esclavos negros. La libertad era para vivir donde ellos quisieran, para no sentir sobre sus espaldas el castigo de los látigos de los capataces, ni en sus noches de sufrimiento el juego de las cadenas. Pero durante cuatro generaciones viven inclinados sobre una tierra que no es de ellos y sin poder librarse ni de la miseria ni de la ignorancia que constituyen esclavitudes tanto o más costosas. En la anterior, Desde la madre esclava, Manuelita, hasta la madre liberta, Martina, hay un largo espacio de tiempo que se desenvuelve en la cotidiana faena, pero ocurren muchos sucesos que enlabándose sutilmente constituyen el argumento de la novela. Desde aquellas épocas de tensa lucha cuadana, frente a los invasores que atentaron contra la unidad de nuestra patria, hasta estos días cargados de mensaje profundo, de responsabilidad y de labor, Vitoy y Cruz Chica no sufren grandes transformaciones. Apenas si la carretera viva el rumbar de los motores bajo el arbolado de la hacienda y del pueblo para penetrar hacia la sierra, como una ancha cinta de luz para el progreso.

Pero en medio de ese gran silencio hay una multitud enorme y anónima entregada al trabajo de todos los días. Entre esa masa de campesinos se destacan algunos arquetipos de poblador de la costa que están muy bien logrados, Martina, el personaje central de la novela, constituye la expresión gallarda y tierna de la mujer de nuestro pueblo. Abnegada, esforzada, leal, plantada firmemente frente a la vida, luchando de sol a sol, junto al hombre o a los hijos que crecen como plantas. Esta novela es la exaltación de la mujer peruana del pueblo, de aquella que canta mientras cumple su labor, de la que sufre resignadamente todas las injusticias de los hombres y de lo que se ha dado en llamar el destino, de la que nace de su hogar de barro y cañas un refugio amravilloso de cordialidad, de hospitalidad, de virtud sin tocar las exageraciones. Posiblemente la mejor hazaña de esta novela consista precisamente en esa fiel interpretación de la mujer del pueblo. Existen algunas como esa Maria que es un auténtico personaje gorkiano, con una honda tragedia desgarradora a flor de vida, Isabel la dejada junto a la silenciosa Carmela, Susana la de la eterna canción y Clara la de la ternura infinita que las encontramos siempre en nuestro camino.

Pero no todo es melancolía y pesar, también la alegría triunfa y sale victoriosa de los corajes de los guitarras y de los gritos en el lagar o en la fiesta pobiana. Alegría rezuma aún en lo más hondo del dolor, paradoja curiosa pero que se comprende sin mucha meditación si se logra entender la esencia, el contenido fundamental de nuestro ser mestizo como ¡Alegría endominagada, en las lidias de gallos, en las pachamancas, en las misas de gallos.

Para saber expresar de manera fidedigna todo este complejo, no es necesario solamente las documentadas dotes literarias que hacen de la autora de "Rastrojo" la más alta expresión femenina de nuestra literatura actual, para interpretar bien a un pueblo hay que haber sentido muy cercano su latiento, para conocer su vida hay que haber se acercado a su dolor, a su herida y a su esperanza. Maria Rosa Macedo C. con emoción y aptitudes singulares, ha caído, por eso muy hondo en nuestra realidad. Y el resultado de ello es esta estupenda novela, la primera en su género sobre la costa y un nuevo triunfo para la novela peruana, cuyos éxitos tiene hoy continuos y resonancia continentales.

## LIBROS NUEVOS

KARL VOSSLER. La Soledad en la Poesía Española. Traducción por José Miguel Sacaluga. Revista de Occidente, Madrid, 1941

La personalidad de Karl Vossler es bien conocida por la dedicación y simpatía que para la literatura española da tenido siempre. "En la atmosfera de flojedad que pesa sobre nosotros, es grato refrescarse el espíritu en la contemplación de la mentalidad y de la poesía españolas", decía en la Carta Hispánica, primer trabajo de importancia con esta orientación.

Todos sus libros tienen la doble cualidad de sugerir la soledad que se advierte desde la exterioridad misma, desde la concepción de la obra que se propone desarrollar. Bien sabido es además, que su interés por lo español no representa una simple curiosidad hacia las cosas extranjeras por una cierta afinidad espiritual que la justifique, sino que su simpatía en una incursor: "Vossler ha ido al hispanismo acudiado por las necesidades de su tiempo y de su patria y por necesidades de su propio espíritu" dice J. F. Montesinos, y más adelante: "España es para Vossler la maestra moral de Europa".

En el prólogo del libro que hoy nos ocupa, se resumen los propósitos que el mismo lleva, y aclara la razón de su estructura formal.

A lo definitivamente asentado de que los grandes valores de la poesía española hacen de la actitud diligente, realista, combativa y expansiva del espíritu, opone Vossler la corriente de poesía de soledad, que va a buscar desde el siglo XVIII hasta finales del XIX, en el crepúsculo de los Siglos de Oro.

Comienza por investigar el origen de la palabra soledad, para clasificarla como un neologismo erudito nacido por influencia de la lírica galaico-portuguesa de la Edad Media. Para corroborar esta afirmación, despejando de la forma fonética indígena original del portugués, todas las derivaciones sufridas y todos los usos y matices, para incorporar la palabra después, como tema literario. Más que como tema, la soledad representa una constante que con distintos acentos, según la época de que se trate, se mantiene y persiste en toda la literatura española dándole un carácter. Esta poesía de soledad tiene su razón de ser en la de los trovadores y en la poesía popular, y aparece también como motivo en la poesía cortesana; en los místicos, amigos devotos de la soledad, en el hombre solitario de Calderón, etc.

La reunión de datos para esta investigación, y el cuidado necesario para emprender el viaje en busca de un todo especí l es cinco siglos de poesía española, hizo en su autor: "Sentí el deseo de ahondar en todo ello". Pero no es posible que fuera de otra manera, pero a pesar de todo creíamos encontrar, al lado de un tema tan literario y sugestivo, por mucho conceptos, un desarrollo de ese mismo tipo. No es suficiente el acopio de datos eruditos ni la presentación de un plan, rigurosamente bien trazado. Evidentemente se siente una falta de agilidad y de puntualización en los conceptos. Seguran ente la traducción no haya sido capaz de dar todo lo que quiso, vez, se extraña en un trabajo de Vossler.

Método y gran riqueza bibliográfica, limpieza admirable inclinada a poner de relieve los valores más altos de una manera nueva e interesante, se perciben sin embargo, como manifestación de las cualidades más integras que acompañan esta obra.

Por lo que respecta a la novedad, se apuesta por ejemplo, al hablar de Raimundo Lulio: "presenta aquí la oposición de las dos condiciones que le asigna: la de religioso y la de trovadiana. "No hay que juzgarle sólo como un campeón del racionalismo religioso en la Edad Media sino hay que reconocer también en él, al precursor del pensamiento misionero ignaciano y del universalismo católico hispano". Encuentra Lulio un hombre interesado por la soledad, desde muchos puntos de vista y que pone su vid contemplativa al servicio de un ideal. No se ocupa de Raimund Lul conocido y admirado, de influencias definitivas, sino de un "amigo y cantor de la soledad", y encuentra que su característica poética radica en su "inclinación y amor a la sociedad."

Apunta al terminar, en su Consideración Final, el interés de un estudio acerca de la vida eremítica con motivos de soledad religiosa y poética en los indios de México y Perú antes de la llegada de los españoles y de todas las combinaciones que de esta soledad con la hispana y la portuguesa habrán tenido lugar, para explicar muchos fenómenos sociales que quizá en estas relaciones hayan tenido su razón de ser.

## DESGLOSE DE "RASTROJO"

### Por Maria Rosa Macedo C.

(Para LA PRENSA)

LOS cerros con sus sembrios diseminados parecían faldellines de colores que se secaban, después de la lluvia torrencial en que se desbicieron los nubarrones.

De trecho en trecho los cactos y las pencas alzaban sus brazos rompiendo la diafanidad del azul y abajo cantaba el río extremidando su espuma como si la hilara entre las piedras.

Por el caminito colgado entre dos abismos, pasó una fila de hombres emponchados y de mujeres con sus polleras multicolores y el quipe a la espalda. Iban cantando, o sollozando quizá, con palabras que se alargaban, con acentos que rebotaban en los cerros y caían tristes y lacios hasta el río... Seguían camino adelante sin cansarse. De vez en cuando chacchaban un poco de coca y la botella de cañazo circulaba entre ellos. Entonces hacían un alto en la jornada y también aquel grupo que conducía la caja negra, humilde y alargada, se detenía a beber. Luego continuaban hacia la altura. Más allá de los cumpos verdes o violáceos. Más allá del caserío blanco... Iban arriba; donde el reposo es absoluto pues sólo el viento de pluma murmura allí, en canción helada, monótona y pertinaz.

Era casi de noche cuando el cortejo fúnebre regresó camino abajo y una luna inmensa iba asomando detrás de las crestas filudas de la cordillera cercana. Las voces de los indios vibraban extrañamente en esa soledad y ese silencio hecho de siglos.

La choza, calma y serena, estaba hoy hosca, con su mudez de dolor y el hombre que a ella volvió, se curvaba con un cansancio que era deseo de tenderse en el suelo, pero un llanto alargado y trémulo, lo sacudió buscamente como un manotazo y se incorporó de nuevo a vivir.

* * *

El sol cae vertical en esa hora del mediodía, luego va declinando y la sombra de los álamos espesos se acuesta en el camino. Entonces es cuando los chibillos, las cucuiles, chaucatos, picnings y jilguceros, llenan el aire de cantos vivantes y melancólicos y las flores del chirimoyo perfuman, en una explosión apasionada de su ser.

Un hombre alto y flaco, envuelto todavía en el poncho que lo protegiera del frío puneño, se bajó de su caballo en Vitoy, frente a la casa de Martina y tocó la puerta.

—¡Mamá, es Juan! — exclamó Carmela contenta, pero luego hizo un gesto. ¿Que amarillo, que delgado estaba su hermano! ¿Y esa criatura que traía en brazos?

—Mamá, es mi hija — dijo el muchacho entregando la chica a Martina. — Cuídela que no tiene a nadie, sino a nosotros.

La madre no hizo ninguna pregunta. Los hermanos, que habían llegado, tampoco dijeron nada; pero como Juan era muy bueno con ellos, recibieron contentos a su hija y Carmela la tomó en brazos.

—Vamos adentro — dijo. — Hay que darle algo a esta criatura.

Todos entraron y Juan comenzó a contar cosas de la sierra, pero sin decir nada de su mujer.

—¿Había muerto? — pensaba Martina — O lo habrá dejau.

Nicanor, a ratos, lo miraba de soslayo. Así que también Juan tenía sus asuntos...

Pedrito preguntaba incansable por las tempestades, la nieve y todo esa serie de cosas extrañas que nunca sucedían en el pueblo. Allí sólo garuaba y los truenos los oían muy lejanos, casi como disparos de escopeta.

* * *

El trabajo se reanudó en la chacra, que los hermanos habían tenido un poco abandonada y Juan comenzó de nuevo a madrugar, a regar por las noches y a velar las cosechas.

Pero no se sentía bien. Sudores tríos y repentinos lo asaltaban con frecuencia y a veces tenía que abandonar la lampa por un rato y sentarse ahí, en el borde de la acequia, mientras miraba los cerros azules y el campo, como a través de una niebla.

Martina lo veía inquieta. ¡Capaz en la sierra le habían hecho daño! Pero Octavio que estuvo un día, de paso para Cruz Chica, aconsejó que consultaran a un médico de Pisco.

—Será muy caro — dijo Juan.

—Anda al hospital, que allá atienden de balde.

—Sería grieno verdá...

Le costaba decidirse al viaje. Sólo cuando estaba tan débil que casi no podía moverse, se acordó del consejo y tomó el camión para Pisco.

Muy pocas veces había ido allá. No le gustaba la ciudad, movida y llena de ruidos, pero en favor de la gasolina que parecía desprenderse de las veredas y en cambio, fría, húmeda, envuelta en neblina, desplanada y fresca en invierno, ahora el camino le pareció interminable, con las pampas que se alargaban bajo un sol implacable y los baches que hacían saltar al camión en cada vuelta.

Al fin dividió el mar y llegaron. Todo el cuerpo le dolía y la espera en el hospital se le hizo eterna.

En un vestíbulo de paredes desnudas, los pacientes llenaban dos bancas de madera esperando su turno y Juan se sentó timidamente entre ellos dando vueltas en sus manos callosas, al sombrero de paja.

Poco a poco fué tomando más confianza al ver que casi todos los que esperaban eran peones, como él, que trabajaban en las haciendas cercanas. La ciudad aún le parecía demasiado ligada al campo y del campo vivía. En retorno agogía los despojos que éste le mandaba y todos los dolores, todas las miserias y las enfermedades tenían sus representantes en ellos. Hombres heridos por la lampa o por el machete, acabados de disenteria y de paludismo. Mujeres deshechas interiormente o tiritando en las tercianas. Tuberculosos, sifilíticos, cancerosos, alcohólicos con el hígado hipertrofiado... Todos juntaban sus estigmas en esa sala de espera del hospital.

Le tocó turno a Juan y pasó al consultorio.

Un médico con amplio mundil blanco manipulaba entre frascos de distinto tamaño y con instrumentos de metal como cuchillitos brillantes.

Le hizo sentar y desnudarse. El muchacho exhibió avergonzado, su torso flaco, donde las costillas marcaban el triunfo del esqueleto.

Le golpeó el pecho, la espalda.

—A ver, tosa — le dijo. — Respire hondo, así, más fuerte ... Cuente treinta, treinta y tres... ¿Tiene sudores de noche?

—Si doctor, En veces.

—Pálidico crónico — murmuró el médico — y con los pulmones deshechos. Aquí no hay nada qué hacer.

De pronto le invadió una colera sorda. ¿Por qué no había tenemedio contra este microbio tenaz de la tuberculosis? Verdad que la enfermedad estaba muy avanzada, en último grado ya, pero debía haber alguna solución!

—Vístase — dijo.

Ahí seguía parado Juan. Alto, bien constituído, con hombros sólidos... No había razón para qué... Había sido el Paludismo, la enfermedad endémica de nuestras costas, la que quizá acabara de otra... ¿Por qué no se hacía algo? Multiplicar los sembríos de eucaliptos, sanear las viviendas de los peones, esos ranchos abiertos a todos los invasores, adoptar medidas de profilaxia, mejorar la alimentación, establecer un servicio sanitario aunque fuera rodante... ¡Cuánto se podía hacer! Mentalmente se propuso emprender una campaña aunque contara con la enemistad de los hacendados que miraban cualquier medida de progreso y humanidad, como un ataque directo a sus bolsillo.

—¿Qué tengo dotor? — se atrevió a preguntar el muchacho que seguía ahí parado, dando vueltas al sombrero alón entre sus manos callosas.

El médico sintió piedad. Así así como una ola de amargura que le cerraba la garganta. Pensó un poco y se puso a escribir, luego la contestó con voz tranquila.

—Está usted débil y tiene paludismo. Le conviene descansar o irse a la sierra por un tiempo. Tome este tónico que le darán en el hospital. Coma mucho. Duermia solo en una habitación. Separe sus platos y no escupa en el suelo. ¿De dónde es usted?

—De Vitoy, en la quebrada, patrón.

—Es buen clima. Creo que ahí podría quedarse.

—Si dotor. Gracias dotor.

Abandonó el hospital con su pomo de remedio. Fué a comer a la fonda del chino Wu, donde paraban todos los del pueblo y luego tomó el camión a Vitoy.

El camino de regreso se le hizo corto. Volvía contento y esperanzado, tocando el frasco de color oscuro donde se encerraba la medicina que lo curaría.

Desde entonces, Juan se pasaba los días sentado al sol y, como no podía estar ocioso, tejía esteras y canastas de caña. Pero se iba poniendo más flaco y amarillo. Ahora una tos honda y persistente lo atormentaba.

—Capaz es daño — decía Martina. — ¿Quién sabe qué cosas le habrán dau en la sierra!

Y cuando era ya de noche y todos dormían, se levantaba de su cama, se acercaba a Juan y le rezaba haciendo extraños signos. Con la edad, resucitaban en ella el espíritu de los galpones y las prácticas de su madre.

En poco tiempo el muchacho estuvo tan débil que ya no podía dejar la barbacoa y no tenía fuerzas ni para masca; los alimentos. Así, como la luz de una vela, se fué apagando la vida de Juan y una noche dió vuelta a la pared y murió, sin quejarse, tranquilo y silencioso como había vivido.

Cuando Martina se acercó a rezarle lo encontró rígido y frío. Lo estiró, cerró sus ojos bondadosos, le tapó la cara y cayó de rodillas en el suelo, sollozando como niño para no despertar a los muchachos que dormían en el otro cuarto.

¡Ahora sí que la vida se le ponía amarga! Su primer hijo y fruto de aquel amor que despertó en ella el arriero guapo y alegre. Era su única compañía en los días que pasó triste y abandonada en Pisco, luego fué una mejor consuelo y el que más la ayudaba ... ¡Se había ido para siempre!

—¡Hijo! — clamaba interiormente — ¿Por qué me dejas? Ya toy vieja y nuay quien me ayude... ¡Hijo!

La última lágrima se cristalizó en las mejillas hundidas del cadáver. El pañuelo se había deslizado sobre el pobre pecho enflaquecido y aquella gota dolorida resbaló a triillar con la claridad del alba.

* * *

Sin Juan, las cosas comenzaron a ir cada vez peor y Martina tuvo que dejar la chacra. Sus hijos trabajaban como peones en Cruz Chica, pero le daban muy poco pues Pedrito era todavía un muchacho, recién cumplirá 16 años y Nicanor había resultado jarasnipatos y de mucha cabeza. Le gustaba pasarse los días en el tambo jugando naipes y tomando aguardiente. Sólo de vez en cuando se le veía con el saco al hombro, recorriendo los callejones, en camino a las haciendas donde siempre le daban trabajo. Como su padre, era un buen peón y nadie lo ganaba en la poda de las viñas o sacando uva tarea donde siempre terminaba el primero. Pero cuando se ponía de regreso, si la sonrisa extraña que usaba y osaba ante mí solicitud, me importaba un pepino: comprendía yo —conociendo como conocía a mi madre— lo mucho por qué podían ser todo este elenco de gesticulaciones y sorpresas. El señor J. A. Barbizon era un caballero sin nacionalidad autentica (no era indio gracias a Dios), no quería tener ninguna nacionalidad. Su padre había sido un Lord inglés y su madre una rusa blanca; él había nacido en el Brasil y se había criado en Australia; su primera juventud la pasó en el Africa al servicio de la Trascongo-Belga Railway y luego se tiró al mundo radando sobre unos magníficos dividendos que pagaba la Compañía Francesa de Vidrios y Cristales de Bruselas. El mundo estaba en sus manos pues conocía los cinco continentes, sus mares y montañas y sus ríos.

Su venida al Perú, no dejaba de llamarme la atención. En el Cairo habíamos conversado de esta "tres veces coronada villa" la que había conocido cuando el año 1921 había pasado rumbo al Brasil a acompañar a su agónica madre que murió en Bello Horizonte. Pero ahora ¿a qué vendría a Lima?

El ascensor se abre. Una señora, un niño con su globo, tres oficiales del ejército norteamericano, una "girl" del Army Salvation y por último la impecable figura de mi amigo Barbizon. Igual que ahora doce años, igual su cara rugosa, rosada, igual su aguda y puntosa "barbita de chivo" e igual su afecto de amigo raro y su gracioso sentido de globe-trotter.

Los saludos se intercambian, las frases y los recuerdos también mientras que dando trepezones entre mesa y mesa, entre mozo y mozo y teteras, sombreros de damas elegantes y pastelitos de crema buscamos un sitio dondeponernos a conversar. Hecho lo más o sea atravesar este maremagnum de coquetones servicios de té y carretitas de cakes, nos quedaba lo menos o sea sentarse plácidamente a conversar....

—¿Y desde cuándo está Ud. en Lima, mi querido amigo Barbizon?...

—Llegué hace unos diez días; un viaje excelente, un vuelo a clegas. He descansado todo el trayecto, no he vistó nada.

¿Entonces quiere decir, que ha volado Ud. de noche?

—No hombre ... no, qué ocurrencia, vole de día todo el tiempo; pero no vi nada porque cuando no era la niebla la que lo cubría todo, era el "purse" el que bajaba la cortinita y no había que pensar... en los angelitos.

Sonrei timidamente y me atreví a preguntile: ¿Y aquí en Lima, qué tal? En este momento unos señores gordos, muy perfumados y con claveles rojos en sus respectivos ojales, que por desgracia eran vecinos nuestros arrojaron una bulliciosa carcajada con la que no sólo opacaron la voz de mi pregunta, sino que también hicieron aunque brevemente los dulces y cadenciosos compaces del Danubio Azul que una orquesta embutido en los bonetes difundía. Elevando un tanto la voz volví a repetir mi pregunta.

—Está estupenda; muy grande muy crecida. Pero no repare en decirle que es una ciudad paradójica, muy paradójica. Si no, fíjese Ud. El año 21 que yo estuve aquí existían hermosos salones de té, verdaderos sitios elegantes; el Palais Concert, Broggi, etc.; en los que se atendía magníficamente bien y sin embargo el pobloco de aquel entonces era menor, absolutamente menor al de hoy. Ahora veo yo que todo es reducido, que todo tiende a estandarizarse; vea Ud., cuantos pequeños "tea rooms" existen ahora, que dimensiones tienen y lo que come o solicita Ud. en uno tiene que comprender todos. Estos tea rooms son aglomerados y tumultuosos sin nada más que habitaciones "adaptadas" sin nota y que lástima da decirlo, ni siquiera la conserjería del antiguo Palais. Lima, mi amigo, creo yo es una ciudad, una capital de abolengo y jerarquía sin embargo con honrosas excepciones— como repiten Uds., a cada instante— el servicio y la servidumbre de estos lugares no corresponde a la calidad de parroquianos que los frecuenta ni a los precios que a ellos les cobran y si esto no es paradójico, ¿qué es, señor...?

Recordé aquello de donde hay razon hay que cerrar la boca y queriendo olvidar un poco "el chubasquito" de J. M. Barbizon, me fui por las ramas:

—Bueno, bueno —alguí— pero hasta encontrado a Lima muy hermosa, con sus avenidas y avenidas con sus jardines y los parques flor los y amplios, de acuerdo con aquello de que todo jardín es un pulmón más para la ciudad.

Una sonrisa explicativa brotó de los labios de mi amigo entre la pipa delgada y fina y su cara dura y rugosa.

—Oh, pero de qué sirven tantos parques y tantos jardines, amigo mío, si la gente no concurre a ellos? Es conocido dos magníficos, un verdad parques en Lima uno que rodea "La Cabaña" y otro el de Reserva, que ahora se llama "Parque de la Exposición" ¿Sabe ¿por qué en Lima existe esa manía, esa mala costumbre de cambiar el nombre de las cosas cada montón de tiempo? Pues, volviendo al punto le diré que los parques en referencia son hermosos, encantadoramente florídos y que tienen árboles muy agradables, ya había reflexionado que si los días ordinados y a la luz del sol estaban casi desiertos era por el trabajo cotidiano pero cref que en estas noches ya otoñales que son tan agradablemente limeñas la gente se solcara en ellos, los parques, al menos el "La Cabaña", pues, aquel de la Reserva, se cierra a las horas diurnas y desiertas pues en las noches reinan una real banda de ladrones, de chaqueta guaneñas y rosada, igual su aguda y puntosa "barbita de chivo" e igual su afecto de amigo raro y su gracioso sentido de globe-trotter.

Nos sonreímos de la misma risa sardónica y graciosa que yo conocía. Sorbo unos trazos de wiskey y volviendo me dijo: aquí lo que pasa es que la gente le ha tomado en serio con el cine. Es el único deporte vespertino. Fui el otro día a una sala antigua que hay en el Jirón de la Unión y francamente no me quedé ni a cinta dos tremendos aliados el sombrero de una señora y la butaca.

Es que no se ha dado cuenta que antes de la función sale un niñito a lo en el "ecran" que dice: "La inspección de Espectáculos supuso a las damas, etc., etc."

Si se ha visto; y también he visto esas otras muchas partes avisos que dicen "prohibido fumar" y se fuma, y también, en cada "intermedio" se escupe. Luna amigo mío es una ciudad linda no más como linda un uruguayo. Hace algún tiempo, cuando estaba en el apogeo de los y tuve que pagar una vez y media más el valor de mi entrada, bien, a la Conchita Cio! ¿Ve? ¿Idea el precio de la localidad?

—Bueno, bueno, me dije frotándome las manos de mis deditos esta chica y vamos a ver algo y recorriendo en mi imaginación qué podría ser ha lé solamente ofrecerle una invitación a cine.

—Mi querido amigo, escucha: el cine no me lleva a los del "jirón". ¿No le digo que Lima es paradójica? En el jirón principal hay cada vez, que los colores del cine me matan y la retusta desnudez del otro me desdina, es que amigo, vamos mejor a pasear Salazar de Mi: Pues que es el barrio más central de Lima.

Y dando enormemente dejamos la mesa, las copas vacías y estas sauces las llenas de este amigo que sabe reír con su elegancia y sabiduría de un amundo moderno.

A. B.

## UNA ENTREVISTA CON EL Sr. J. A. BARBIZON

### Por A. B.

(Para LA PRENSA)

REALMENTE yo había conocido al señor Barbizon en el Cairo, recordaba de él con gran claridad su talento, su ironía, y esa dejadez mundana que había adquirido en sus viajes y sobre todo ese instinto "tan suyo" para conocer a los hombres y reírse casi plenamente de ellos. Ahora al ver su nombre en el registro del Gran Hotel Bolívar me sentí obligado, muy gustoso por cierto, a hacerle una visita.

—Conserje, con el departamento 333 señor Barbizon, por favor.

El empleado al oír el nombre aludido, volvió contra mí su mirada y en un tono que definitivo, me contestó: ¿Cree Ud. que lo recibirá?, y haciendo un gesto ante mi nombre que le daba para trasmitirlo telefónicamente, sonrió con un poco de piedad. Hecha la llamada, hecha la demora necesaria, los ojos del austriaco nacionalizado peruano, se abren inmensamente y en un buen peón y medio le ganaba en la poda de las viñas o sacando uva tarea donde siempre terminaba el primero. Pero cuando sonaban las guitarras o llamaba el repique del cajón el zambito se olvidaba de todo. Con el sombrero tirado atrás bordonesba, acompañando la tonada con su voz suave e insinuante o se quebraba en una marinera rasgando el aire con su pañuelo.

A veces no se le veía la cara por una semana y después aparecía envuelto en amores nuevos o en un nuevo escándalo. Aquel zambito alto y alioso era muy buscado por las mujeres de Vitoy y de las rancherías.

Martina seguía su vida junto al fogón y la batea. Valiente y decidida, el trabajo no la arredraba. Todos los Domingos subía a su biaza parda con la capocha de tamales y alfajores; pero una pena secreta y honda le agusba a veces los ojos. En su cabeza aprataada se veían algunas canas y caminaba con más lentitud como agobiada por sus recuerdos

—Mamá, yo saldré a vender — le decía Carmela.

Tú no entuavía, muchacha. Los hombres son muy lisos — contestaba la madre mirándola inquieta. Su hija parecía una señorita, siempre limpia y arreglada. Sabía coser y la ayudaba en la cocina pero muy pocas veces, porque la zamba prefetia hacerlo todo ella.

—La cuarta vez que iba llamaba — decían en el pueblo.

Las mujeres le tenían envidia y los hombres la codiciaban. Ella seguía callada y humilde, delicada y rosada, igual su aguda y puntosa "barbita de chivo" e igual su afecto de amigo raro y su gracioso sentido de globe-trotter.

Los saludos se intercambian, las frases y los recuerdos también mientras que dando trepezones entre mesa y mesa, entre mozo y mozo y teteras, sombreros de damas elegantes y pastelitos de crema buscamos un sitio donde ponernos a conversar. Hecho lo más o sea atravesar este maremagnum de coquetones servicios de té y carretitas de cakes, nos quedaba lo menos o sea sentarse plácidamente a conversar....

—¿Y desde cuándo está Ud. en Lima, mi querido amigo Barbizon?...

—Llegué hace unos diez días; un viaje excelente, un vuelo a clegas. He descansado todo el trayecto, no he vistó nada.

¿Entonces quiere decir, que ha volado Ud. de noche?

—No hombre ... no, qué ocurrencia, vole de día todo el tiempo; pero no vi nada porque cuando no era la niebla la que lo cubría todo, era el "purse" el que bajaba la cortinita y no había que pensar... en los angelitos.

Sonreí timidamente y me atreví a preguntile: ¿Y aquí en Lima, qué tal? En este momento unos señores gordos, muy perfumados y con claveles rojos en sus respectivos ojales, que por desgracia eran vecinos nuestros arrojaron una bulliciosa carcajada con la que no sólo opacaron la voz de mi pregunta, sino que también hicieron aunque brevemente los dulces y cadenciosos compaces del Danubio Azul que una orquesta embutido en los bonetes difundía. Elevando un tanto la voz volví a repetir mi pregunta.

—Está estupenda; muy grande muy crecida. Pero no repare en decirle que es una ciudad paradójica, muy paradójica. Si no, fíjese Ud. El año 21 que yo estuve aquí existían hermosos salones de té, verdaderos sitios elegantes; el Palais Concert, Broggi, etc.; en los que se atendía magníficamente bien y sin embargo el pobloco de aquel entonces era menor, absolutamente menor al de hoy. Ahora veo yo que todo es reducido, que todo tiende a estandarizarse; vea Ud., cuantos pequeños "tea rooms" existen ahora, que dimensiones tienen y lo que come o solicita Ud. en uno tiene que comprender todos. Estos tea rooms son aglomerados y tumultuosos sin nada más que habitaciones "adaptadas" sin nota y que lástima da decirlo, ni siquiera la conserjería del antiguo Palais. Lima, mi amigo, creo yo es una ciudad, una capital de abolengo y jerarquía sin embargo con honrosas excepciones— como repiten Uds., a cada instante— el servicio y la servidumbre de estos lugares no corresponde a la calidad de parroquianos que los frecuenta ni a los precios que a ellos les cobran y si esto no es paradójico, ¿qué es, señor...?

Recordé aquello de donde hay razon hay que cerrar la boca y queriendo olvidar un poco "el chubasquito" de J. M. Barbizon, me fui por las ramas:

—Bueno, bueno —alguí— pero hasta encontrado a Lima muy hermosa, con sus avenidas y avenidas con sus jardines y los parques flor los y amplios, de acuerdo con aquello de que todo jardín es un pulmón más para la ciudad.

Una sonrisa explicativa brotó de los labios de mi amigo entre la pipa delgada y fina y su cara dura y rugosa.

—Oh, pero de qué sirven tantos parques y tantos jardines, amigo mío, si la gente no concurre a ellos? Es conocido dos magníficos, un verdad parques en Lima uno que rodea "La Cabaña" y otro el de Reserva, que ahora se llama "Parque de la Exposición" ¿Sabe ¿por qué en Lima existe esa manía, esa mala costumbre de cambiar el nombre de las cosas cada montón de tiempo? Pues, volviendo al punto le diré que los parques en referencia son hermosos, encantadoramente florídos y que tienen árboles muy agradables, ya había reflexionado que si los días ordinados y a la luz del sol estaban casi desiertos era por el trabajo cotidiano pero cref que en estas noches ya otoñales que son tan agradablemente limeñas la gente se solcara en ellos, los parques, al menos el "La Cabaña", pues, aquel de la Reserva, se cierra a las horas diurnas y desiertas pues en las noches reinan una real banda de ladrones, de chaqueta guaneñas y rosada, igual su aguda y puntosa "barbita de chivo" e igual su afecto de amigo raro y su gracioso sentido de globe-trotter.

Nos sonreímos de la misma risa sardónica y graciosa que yo conocía. Sorbo unos trazos de wiskey y volviendo me dijo: aquí lo que pasa es que la gente le ha tomado en serio con el cine. Es el único deporte vespertino. Fui el otro día a una sala antigua que hay en el Jirón de la Unión y francamente no me quedé ni a cinta dos tremendos aliados el sombrero de una señora y la butaca.

Es que no se ha dado cuenta que antes de la función sale un niñito a lo en el "ecran" que dice: "La inspección de Espectáculos supuso a las damas, etc., etc."

Si se ha visto; y también he visto esas otras muchas partes avisos que dicen "prohibido fumar" y se fuma, y también, en cada "intermedio" se escupe. Luna amigo mío es una ciudad linda no más como linda un uruguayo. Hace algún tiempo, cuando estaba en el apogeo de los y tuve que pagar una vez y media más el valor de mi entrada, bien, a la Conchita Cio! ¿Ve? ¿Idea el precio de la localidad?

—Bueno, bueno, me dije frotándome las manos de mis deditos esta chica y vamos a ver algo y recorriendo en mi imaginación qué podría ser ha lé solamente ofrecerle una invitación a cine.

—Mi querido amigo, escucha: el cine no me lleva a los del "jirón". ¿No le digo que Lima es paradójica? En el jirón principal hay cada vez, que los colores del cine me matan y la retusta desnudez del otro me desdina, es que amigo, vamos mejor a pasear Salazar de Mi: Pues que es el barrio más central de Lima.

Y dando enormemente dejamos la mesa, las copas vacías y estas sauces las llenas de este amigo que sabe reír con su elegancia y sabiduría de un amundo moderno.

A. B.

## COMENTARIOS BIBLIOGRAFICOS

### NUEVO TRIUNFO DE ROSA ARCINIEGA

Por I. LLANOS IGLESIAS

ROSA ARCINIEGA, un positivo valor de las letras peruanas, ha logrado un triunfo nico —no hay que olvidar que en Madrid, le fue diecernido por unanimidad el premio por encima más disputado: el de "El Mejor Libro del Mes", aun contar el extenso renombre que allí supo forjarse—, acaba de regresar de Chile con un nuevo libro y un nuevo triunfo bajo el brazo: la premosa biografía de don Pedro de Valdivia.

La labor que la autora de "Francisco Pizarro", de "Engranajes", de "Mosko-Strom", de tantas obras más, ha realizado durante su permanencia de año y medio en la vecina república del sur ha sido fecunda y admirable. Unánimemente le han reconocido así los escritores e intelectuales chilenos, sobrios por naturaleza en sus elogios, como se sabe, pero justos y equilibrados por lo mismo en la apreciación de las verdaderas valoraciones. Rosa Arciniega no se limitó a actual alli como excepcional embajadora de la inteligencia, dando conferencias, asistiendo a todo acto cultural de envergadura y poniendo una nota de cordialidad peronal y humanista en favor de los chilenos. Hizo más: colaboró extensamente, con bellos y sustanciales artículos, en las páginas de "La Nación", de "El Mercurio", en la revista "Atenea", etc.; pronunció alocuciones por Radio —especialmente a raíz del desastre de la Biblioteca Nacional— en favor de la colecta de libros para ella —y fué en todo momento la representante de las letras peruanas en Chile. Todo ello, mientras preparaba diligentemente, revolvía polvorientos infolios para trazar la espléndida biografía de Valdivia, el heroico conquistador de Arauco, que hace dos meses apareció, editada por "Nacimiento", en Santiago, y que ahora viene a asomarse a los escaparates de las librerías limeñas con aire triunfal.

La aparición de "Don Pedro de Valdivia" fué celebrada en Chile con voces de júbilo, con honores que difícilmente se rinden allí si no es a las excepcionales obras. Y, por igual, en todos los campos de la prensa periódica, en todos los productos de las diversas ideologías; prueba palpable de que Rosa Arciniega había acertado en la moderna interpretación biográfica del héroe.

El primero en señalar la pauta de sus colegas de pluma fué el severo crítico del "Diario Ilustrado", Manuel Vega, quien escribió, entre otras cosas, a lo largo de su extenso y magnífico artículo: "armoniosa y sólida arquitectura la de este libro que acaramos de leer con provecho y deleite. Cada capítulo es un elemento precioso en la